

HUGO PRATT, 4

ULTRAMAR

COLECCIÓN HUGO PRATT
bajo la dirección de Paco Linares Micó

1. HUGO PRATT
El deseo de ser inútil. Recuerdos y reflexiones.
Conversaciones con Dominique Petitfaux.
2. HUGO PRATT
A la sombra de Corto.
Conversaciones sobre su obra con Dominique Petitfaux.
3. HUGO PRATT
Una cita pendiente. Viaje por los Mares del Sur.
4. MARCO STEINER
Ultramar.

Título original: *Oltremare*. 2015. Sellerio editore

Imagen de la cubierta: Composición de acuarelas de Hugo Pratt

© De la traducción, María del Mar Domínguez Álvarez y Natalí Lezcano Franco

© Cong SA, 2022 Suisse. www.cong-pratt.com

Todos los derechos reservados. Corto Maltés & Hugo Pratt TM © Cong SA, Suiza

© Confluencias, 2022

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión editorial: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en España

ISBN: 978-84-125334-3-9

Depósito legal: AL 1998-2022

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

MARCO STEINER

ULTRAMAR

Traducción de

MARÍA DEL MAR DOMÍNGUEZ ÁLVAREZ
Y NATALÍ LEZCANO FRANCO


CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

I.	Cambio de ruta.	9
II.	Anticitera.	21
III.	Constantinopla.	35
IV.	La colina negra de Eyüb.	55
V.	Un nuevo negocio.	63
VI.	Un viaje imprevisto.	83
VII.	Morrigan.	97
VIII.	Anouche.	111
IX.	Midleton.	123
X.	Hacia el sur, más allá del mar.	141
XI.	Habitación con vistas.	153
XII.	Cien días dirección este.	165
XIII.	Un velo negro de rabia.	183
XIV.	Poulo condor.	195
XV.	Ai Van.	213
XVI.	A través del río que cruza la tierra.	227
XVII.	Jemer.	245

xviii.	El rey de los océanos.	265
xix.	Un gran salto al azul.	287
xx.	<i>Papaver Somniferum.</i>	297
xxi.	Hacia otros destinos.	309
xxii.	La otra cara de la historia.	315
	AGRADECIMIENTOS.	329

*Dedico esta historia a Hugo Pratt,
porque me ha enseñado a viajar ligero
y con curiosidad entre libros,
mapas y nubes, más allá de caminos y mares.*

I

CAMBIO DE RUTA

Mar Jónico, 25 de agosto de 1901

La costa de Sicilia había desaparecido del horizonte. Tan solo quedaba una larga pincelada gris que vibraba en el aire suspendida como un espejismo, como un lejano recuerdo.

El viento era cálido, inestable. Perezosas ráfagas se alteraban con una aparente tranquilidad. Las velas se hinchaban lentamente, indolentes, para acabar aflojándose y vaciándose con decaimiento. El viento llegaba de todas partes, para acabar escondiéndose y dar paso a un pesado silencio. Los marineros intentaban conversar entre ellos, pero las palabras no se sostenían, caían en el vacío del mar.

La fiesta de San Bartolomé quedaba lejana: la pólvora, el sol sobre sus cabezas, las piedras calientes de los dorados

palacios de Scicli, la multitud sudorosa que se agolpaba para seguir las máscaras; Pozallo y la torre cuadrada, los carrromatos de grandes ruedas, la masía encajada entre las rocas y los hombres vestidos de negro. Todo se movía como si estuviese tras las ventanas empañadas de una cocina humeante.

El comandante Kee buscaba un viento distinto, necesitaba sacudirse el pasado de encima y partir de nuevo.

El siroco nunca había sido su viento, provenía de tierras áridas, de océanos de arena. Su mundo estaba hecho de verdes arrecifes tallados por la lluvia.

Capo Passero, a pocas millas, había dejado que el sonido de las palmeras y un rastro de fragancias —el algarrobo, la arena, el tomate— lo transportaran a África. Luego permitió que se marchasen.

Kee estaba impaciente, comenzó a virar hacia nordeste. Una vez que entregase las últimas cerámicas en Venecia, podría comenzar su auténtica misión. Había partido por aquel motivo, pero se había enredado en Sicilia.

Inspiraba, apretaba las manos contra el timón y continuaba oteando a su alrededor. Un velo húmedo lo cubría todo. Incluso el olor del mar había cambiado. Se apartó el pelo de la frente y los cabellos se le pegaron a los dedos. Se tocó los pantalones y percibió como también el tejido áspero estaba mojado. Apagó un cigarrillo en la media esfera de latón que llevaba en el bolsillo. Sus ojos entornados escrutaron el mar. Demasiada luz para unos ojos acostumbrados al gris del norte.

Parecía inquieto. Había algo que no encajaba en aquella espesa atmósfera, algo que aumentaba la tensión y le endurecía los músculos del cuello.

Al navegar, en cualquier momento todo puede cambiar de forma inesperada, al igual que el viento. Es inútil esforzarse en prever los acontecimientos, basta con conocer la manera de resolverlos, estar preparados para tomar decisiones, ser capaces de pensar y, sobre todo, de virar, cambiar velamen, tripulación, ruta.

Los ojos se movían nerviosos, escudriñaban el horizonte, trataban de intuir qué se estaba gestando detrás de aquel vacío lleno de posibilidades.

En el horizonte, escondido tras una banda de aire caliente, el color del mar comenzó a oscurecerse, rayado por imperceptibles y delicadas líneas, como una lámina de acero líquido, como plata arañada por el azul. La embarcación se enfiló con lentitud en aquel portal y todo cambió. Las velas comenzaron a agitarse. Era necesario estribar, alejarse del viento de cara.

Las manos se aferraron al timón, eran bloques de madera sobre la madera. Los brazos permanecieron flexibles, preparados para acudir disparados como una bala.

El mar comenzó a encrespase, acosado por un viento furioso que llegaba de la nada y crecía sin avisar.

Era como si hubiesen doblado la esquina de una calle, como si hubiesen terminado en un embudo de aire. Hubo una

mirada veloz. Bertram y Corto Maltés, con velocidad, adecuaron las velas con una sacudida y un chirriar de cabos.

La madera dócil del *Dédalo* cambió el balanceo. El costado mojado y brillante comenzó a atravesar las olas que rompían la cubierta, fríos latigazos sacudían a los hombres, los cabos, la barba negra y los cabellos brillantes de Kee.

El hombre de Man estaba contento, se había sumergido en su auténtico mundo.

El siroco regresaba al sur empujado por una columna de aire frío del norte. Cuando este viento desciende de las montañas, se encamina entre Trieste y Venecia y recorre todo el Adriático; luego, a la altura del canal de Otranto se embotella, se comprime, ensancha sus músculos y comienza a barrer el Jónico abriéndose como un abanico.

Kee tenía que dirigirse hacia el norte, pero navegar a vela con el viento en contra era imposible. Era necesario estribar más hacia el este o bien buscar refugio en un puerto, y allí en medio no había dónde atracar.

Sería un auténtico desafío. Los brazos de Kee y su sólida nave contra el mar y aquel viento enfurecido; el marinero sabe que resistir no significa oponerse, y existe un límite imposible, afilado y cortante como un cuchillo.

Barlovento, el máximo posible. Mientras el sol comenzaba a derramarse sobre el mar, Kee parecía un fragmento macizo sacudido por el viento. La embarcación avanzaba despreocupada

de las ráfagas que la plegaban y la sacudían, del mar que la abofeteaba, que golpeaba sus costados. Las maderas gemían y las vibraciones se transmitían a los brazos del marinero a través del timón. Los hombros de Kee eran fuertes, sus piernas bien plantadas y la cabeza ligeramente ladeada.

Un vistazo al mar, otro a las velas, el viento era siempre el mismo y no tenía intención alguna de amainar. Sobre la boca se delineó la sombra amarga de una sonrisa. El último gajo de sol desapareció y todo se tiñó de naranja, parecía el paraíso; sin embargo, Kee sabía que sería una larga noche infernal. Una de esas noches que tanto le gustaban. Con una señal, el comandante llamó a su hijo Bertram. Con solo diecisiete años, tenía el físico de un hombre maduro y en la nave sabía cuál era su cometido. El muchacho se apartó el pelo de los ojos, se abrochó la cazadora, irguió el cuello y empuñó el timón. Entre ellos no existían palabras inútiles. Aún era temprano, las nueve de la noche, pero el comandante tenía sueño, o quizás ganas de reunir fuerzas para el siguiente turno, el tramo más difícil de la noche.

Kee bajó a su cubil, se encontraba bien allí abajo, entre sus olores preferidos a sal, cuerda, madera, yute, trigo, cera, y entre sus libros y cartas amarillentas, y el estante de botellas llenas de polvo. Le bastó una ojeada al mapa extendido sobre la mesa de cartas; seguía una línea imaginaria que apuntaba hacia Grecia. Se echó sobre el banco, un saco de velas rígidas a sus espaldas y el gorro calado hasta los ojos. Podía concederse una pausa.

Corto Maltés bajó también y se metió en el catre; pero dos horas más tarde se despertó, sin ruido, sin motivo, la noche había apenas empezado, aún faltaba tiempo para su turno, pero el sueño le había abandonado y no tenía la intención de seguir dando vueltas.

Volvió a cubierta, nada había cambiado, el viento seguía siendo el mismo, venía del norte, nordeste; pero entrevió algo en la oscuridad, a media milla de ellos, una masa oscura, confusa. La había percibido por casualidad, un relámpago lejano había iluminado un cúmulo de nubes y aquella cosa sobre el agua, fue tan solo un instante, pero una silueta se había alzado amenazante ante ellos. Parecía un pecio negro y deshecho. Bertram, al timón, dirigía la proa del *Dédalo* hacia aquel lugar. Tenía la cabeza encajada entre los hombros, las manos apoyadas a la rueda. Corto se acercó a su amigo y este permaneció inmóvil. Estaba durmiendo. Corto apartó el timón y la barca cambió el rumbo; otro relámpago, un trueno y Bertram abrió los ojos mientras se dirigían a pocos metros de un escollo oscuro y afilado. Se percató de la presencia del amigo y mantuvo el control.

—Lo habías visto, ¿verdad? —dijo Corto con una mirada cortante.

—Cierto —respondió Bertram evitando mirar el rostro de Corto.

Cuando Kee reapareció los dos muchachos estaban sentados en silencio al timón, sujetaban los cigarrillos en dirección a los puños para no exponerlos al viento.

El mar se había descompuesto, hervía. Olas desiguales se abatían sobre el costado del *Dédalo*, que vibraba aún más.

—Continuará así durante esta noche, muchachos, cuando no se detiene al ocaso, este viento continúa durante días. Ahora marchaos a descansar, habéis hecho un buen trabajo, al alba nos turnaremos.

Los muchachos bajaron de la cubierta sin decirse una palabra. El comandante Kee los siguió con la mirada y permaneció solo al timón. En la oscuridad aquel viento era pura belleza.

La noche se había tragado las estrellas. Tenía los ojos entornados y solo era necesario escuchar la voz del mar, las sensaciones que emergían del agua y se entrometían entre el timón y las manos. Las velas henchidas de viento hablaban al desinflarse; Kee se apoyaba de un lado para acogerlo mejor, desviaba la ruta y giraba suavemente, en mitad de la nada.

La ruta tendía siempre más al este. Conforme pasaban las horas los músculos de los antebrazos se transformaban en robustas cuerdas que quemaban.

Algo distinto sucedió de repente.

Kee abrió de golpe los ojos, sólo había noche, siempre más ciega y negra, pero se había añadido un ruido imperceptible. El comandante se balanceó sobre las piernas. El cuerpo, la cabeza y los oídos estaban preparados para acoger cualquier mínima señal. El sonido se distinguió aún más, un

sonido lejano, atenuado por el viento, como una sábana que se sacude. Tres, cuatro golpes, después el silencio.

Aquel sonido lo transportó con la mente al pasado, un pasado remoto.

Su casa en la colina, en la isla de Man, frente al mar enfurecido.

Era un niño y su madre acababa de tender la colada. El viento la sacudía con violencia, parecía querer hacerla pedazos. Permanecía hechizado mirando el mar y escuchando las ráfagas, el rugido sordo de las olas que rompían sobre las rocas, la resaca que se alejaba y aquel sonido de sábanas golpeadas por los elementos.

Era el mar que se había llevado a su padre.

—¡Robart!, ¡Robart! —gritaba la madre corriendo fuera de la casa.

—¡Robart! —Incluso el perro ladraba, pero él no quería escucharlo.

—¡Robart! ¿No puedes recoger la ropa en vez de quedarte como un estúpido mirando el mar?

Una sábana volaba hacia el acantilado, el resto de la colada había terminado rasgándose entre las zarzas. La madre, roja de ira, le había dado un sonoro pescozón en la nuca. Aquel golpe lo había despertado. Había aterrizado en la realidad. Solo una enorme sábana blanca había quedado enganchada a la cuerda, y continuaba agitándose.

En este momento sentía el mismo sonido, aunque lejano. Provenía desde el interior de la noche, desde el centro del mar, pero era exactamente el mismo sonido. Una vela, eso era, Kee estaba seguro, golpeaba por alguna parte en la oscuridad. El ruido se apagó como había comenzado, tragado por el viento. El sonido de las olas ya no era el mismo, ni siquiera el olor del mar.

La embarcación estaba empapada. El viento, cada vez menos, había dejado el puesto a un manto húmedo. Un velo de vapor descendía envolviéndolo todo.

Un resplandor minúsculo atrajo la mirada de Kee, a unos veinte metros, por el lado de barlovento. Una insignificante luz rojiza. Primero vio el relámpago, después advirtió un vago aroma a tabaco, y nada más.

El comandante impulsó la proa a este. Sus movimientos eran milimétricos, continuos. La vista y los oídos seguían buscando. Un golpe de tos susurrante, también lejano. Sin duda había alguien. Kee sujetó con decisión el timón y esta vez giró diez grados hacia el este, apoyado en el viento. El *Dédalo* comenzó a deslizarse libremente hacia el noroeste. Ahora el viento era su aliado, ya no su rival, sino una compañía.

El alba iluminó poco a poco una neblina densa que había silenciado todo. No había más ruidos, sólo el intenso perfume del mar.

—¿Todo bien, comandante? —preguntó Corto Maltés apareciendo en la cubierta.

Silencio.

Corto tenía catorce años, era alto y tan robusto como Bertram, de anchos hombros y físico enjuto, había manejado todo tipo de embarcaciones con su padre Roland y los marineros a los que había encontrado alrededor del mundo, desde Malta hasta las costas españolas. Incluso había estado en China a su corta edad.

Los dos muchachos podían con cualquier tipo de trabajo y no desaprovechaban la ocasión para demostrar a los otros marineros que, a pesar de su juventud, no se dejarían achantar. Siempre estaban preparados para trepar a la cofa y manejar las velas, sabían a la perfección cómo anudar los cabos, amarrar las anclas; conocían los nudos y, cuando era necesario, sabían usar el cuchillo. Bertram no era solamente el hijo del comandante Kee. Corto no era sólo el hijo del mejor amigo del comandante. Eran marineros más que válidos, dignos de respeto. No era tan solo la rebeldía de dos muchachos, eran decididos, estaban orgullosos de su papel. Era tan evidente que Finch, el contra maestre, no conseguía ponerlos bajo sus órdenes y esto le irritaba, quería gobernar a la cuadrilla a su antojo.

Corto secó de un manotazo el taburete y se sentó junto al comandante. Observaba el mar, más bien la niebla espesa que impedía su vista.

—¿Un café para ahuyentar la humedad de la noche?

—Cómo no, Corto, es un buen momento, tómalo conmigo.

Corto desapareció y regresó con dos tazas de metal humeantes. Las velas no tenían fuerzas, el barco se balanceaba.

—Esta noche he escuchado otra embarcación. Alguien nos está siguiendo.

—¿Escuchado o visto?, comandante.

—La he escuchado, al igual que escucho a Bertram en la litera roncando. Levanta a tu amigo, cuando duerme parece un saco de patatas. Y diles a todos que mantengan un silencio absoluto.

Flotaban en una nube de vapor. Si no hubiese sido por la temperatura, parecerían las neblinas de su mar, entre Cornualles e Irlanda. Kee volvió a pensar en Roland, su mejor amigo, el padre de Corto. Lo había dejado en las costas de Escocia. Aquella noche llovía a cántaros, cargaban armas y cajas de whisky cuando vieron a los soldados. Roland se había quedado allí y él se había marchado con el cargamento y los muchachos. No sabía si su amigo se las había arreglado sin problemas y ni siquiera si lo volvería a ver. Cuando uno se marcha, deja todo atrás, y eso le gustaba.

Era como si se adentrasen en un sueño, donde las distancias y el tiempo no existían: Man, Escocia, Sicilia, y ahora aquel mar, el Adriático, envuelto en aquella niebla y una embarcación fantasma que los seguía. Todo se mezclaba en un caldo difuso, un tiovivo de imágenes y sueños que alternaba recuerdos y realidad. Habían transcurrido algunas horas en

silencio desde el crujido de las velas y el destello de aquel cigarro, pero en la cabeza del comandante empezaba a perfilarse la nítida sensación de que el viento lo estuviese conduciendo hacia donde él quería, y cuando esto ocurría, era inútil que el marinero se resistiese, debía escuchar y estar preparado para seguirlo. Venecia podía esperar.

Kee hizo un cálculo rápido. Teniendo en cuenta el tiempo transcurrido desde el cambio de ruta y la velocidad media del *Dédalo*, debían encontrarse al sur del Peloponeso, alcanzar Venecia con aquel viento del norte, ya viniese del este o del oeste, sería imposible. Era mejor cambiar de plan. Las cerámicas Wedgwood que debía entregar, aún podían seguir en la bodega. Aprovecharía para colocar su mercancía personal, la que iba directa a Estambul. Sería más divertido. Siempre le había gustado seguir el viento.

Sólo había algo que no encajaba. ¿Por qué razón los seguía aquella embarcación?